

VII

LOS DOS PRIMOS

Regina, su padre y el Vizconde pasaron al salón, donde se hallaba también la Marquesa.

Allí la joven fijó la atención en su primo, que, á la verdad, lo merecía.

Aparentaba éste tener treinta años; es decir, esa edad en que se ostentan las más perfectas maneras, en que se ha adquirido ya, además de una posición estable, bastante conocimiento del mundo, y en la que los desengaños no han herido aún el corazón.

Arturo, que éste era el nombre del Vizconde, tenía una fisonomía, más que bella, graciosa y distinguida; sus hermosos ojos oscuros eran á la par atrevidos y dulces; su voz, sonora; su estatura, aventajada sin exceso; su talle, suelto y elegante, como sus maneras y todos sus movimientos.

Sentóse Regina con negligencia en un sillón, y el Vizconde tomó otro que había á su lado, en

tanto que el Marqués y Gabriela cambiaban una mirada de inteligencia.

La joven llevaba una bata blanca y muy sencilla, sujeta á la cintura con un cordón de seda, y sus cabellos negros, cuya abundancia era prodigiosa, estaban tan mal prendidos, que sólo esperaban un pequeño pretexto para soltarse y caer por la espalda.

Arturo permanecía como fascinado al aspecto de aquella belleza deslumbradora que todo se lo debía á sí propia, y en la que ninguna parte tenía el lujo de los atavíos; jamás había visto una mujer de facciones más perfectas, de hermosura más acabada; y una especie de angustia y de desasosiego se apoderó del espíritu del Vizconde por descubrir en el semblante de Regina lo único que faltaba, y lo que él anhelaba encontrar: la vida del alma y la sensibilidad del corazón.

Pero imposible le fué hallar lo que no existía; Regina era una hermosa estatua de alabastro, nada más.

Esta convicción no podía penetrar sin esfuerzo en el alma de Arturo; amaba en la mujer la debilidad, la gracia, las coqueterías y todas esas sutilezas femeninas en las que ella afianza su imperio, y buscándolas en su prima, se decía:

—¡Qué adorable sería si las poseyese! ¿Y quién sabe si las descubrirá en el trato? Veamos cuál es su conversación.

—Mi querida prima, dijo obedeciendo á este

deseo y levantando la voz; las primeras palabras que voy á dirigirte son una súplica.

—Ya la escucho, respondió friamente Regina.

—¿Me la otorgarás?

—Según sea.

—¿Luego vas á guiarte por la justicia?

—Como siempre, primo mío.

—Yo queria, repuso el Vizconde algo picado, deber algo á tu indulgencia.

—¿Y con qué derecho? preguntó la joven con más altivez de la que había usado hasta entonces.

—No tengo ninguno, ya lo sé, repuso Arturo, que de picado se iba convirtiendo en ofendido; ya sé que no tengo derecho alguno á que seas indulgente conmigo: hoy me ves por la vez primera; pero eso mismo hubiera dicho mucho á favor de tu condescendencia.

—Nunca he tenido la pretensión de pasar por indulgente, primo mío, repuso Regina.

—¿Por justa?

—Sí.

—Es un título que debe apetecer poco una joven de tu edad, dijo Arturo.

—Si es por apetecer, jamás he deseado ninguno, repuso la joven.

—Mi hija se calumnia, dijo la Marquesa: ella es más bu^{ca}pa de lo que dice y de lo que se cree.

—Y yo te creo á tí más que á ella, querida tía, dijo el Vizconde, tomando la mano de la Marquesa;

á despecho suyo, creo buena á mi prima, y voy á exponer mi súplica.

—¡Cuánto se hace esperar! murmuró la joven con una media sonrisa en la que había algo de burla.

—Pues bien, es ésta: que me permitas tratarte con franqueza, y que me trates tú del mismo modo.

—Si no pedías más que eso, ya está concedido, respondió Regina; la franqueza es mi divisa.

—Además, deseo que seamos amigos.

—Lo serémos.

—Y que me cuentes todos tus pesares.

—No tengo ninguno, respondió la joven; y luego añadió á media voz.

—¡Ojalá los tuviera!

Esta exclamación sorprendió al Vizconde: en cuanto á los padres de Regina, para dejar explicarse á los dos jóvenes con mayor libertad, se habían retirado al hueco de una ventana del salón, y hablaban allí á media voz.

Después de algunos momentos de silencio, que empleó el Coronel en dominar su asombro por las últimas palabras de Regina, exclamó:

—¿Cómo! ¿Desearías pesares?

—Sí, respondió la joven; porque esta vida monótona é igual me mata de fastidio; debe ser mejor sufrir, que esta absoluta carencia de todo sentimiento: apenas salgo nunca; no veo á nadie, no tengo amigas ni distracciones, ni deseos, porque aunque la sociedad sería peligrosa para mí, según

dice mi padre, y me está vedada, aquí dentro de mi casa, para recompensarme, soy una diosa que impera, pero que tiene mucho de autómeta, porque no le dejan ni la libertad de pensar.

Regina pronunció con amargura estas palabras; pero aquella amargura no era de esas que llegan al fondo del alma, sino acre é incisiva, por decirlo así; su primo la miró absorto; le parecía imposible que aquel acento saliese de una boca de diez y seis años.

—Sin embargo, prima mía, repuso con una gravedad que no excluía la timidez, mi padre, que es el mejor, el más justo de los hombres, dice que el tuyo es un modelo de generosidad y de galantería, y que tu madre es un ángel de tolerancia y de bondad.

—Es cierto, contestó la joven; no puedo quejarme de ellos, son demasiado buenos para mí; pero siendo menos buenos y menos amantes para su hija, créeme, Vizconde, la harían más feliz.

—Veo con pena, dijo el Vizconde, que al decirme que no tenías pesares te engañabas á tí misma; tú sufres, Regina, y tienes el más cruel de los sufrimientos: el hastío que produce el exceso de la dicha.

—Creo que tienes razón, contestó la joven; pero no sé si esto podrá ser un exceso de felicidad: ¿lo es acaso el que mi padre me ame con tan exclusivo afán, que no me permita una amiga de mi edad? ¿Lo es el que no vea yo jamás la sociedad, los bai-

les, las diversiones tan propias de mis años? Aun no he sido presentada en el mundo, aun no le conozco... y ya sabes que las mujeres suspiramos siempre por aquello de que se nos priva.

—Pero, dijo el Coronel, ¿la amistad de tu madre no te compensa de esas privaciones que tu padre te impone? Ella, tan dulce, tan tierna, tan amable, tan bondadosa, ¿no es nada para tí?

—Mi madre deja en mi alma un vacío, como lo deja todo aquello que conozco, repuso Regina; sólo ansío, admiro, y aun pudiera decir *amo*, todo aquello que está vedado para mí; esta desgracia que llevo conmigo es irremediable; mi madre es demasiado buena, tímida y sensible para una hija como yo; ella es siempre la que se doblega, y yo la que impongo mi deseo.

—Prima mía, repuso el Coronel con alguna entereza, debo decirte una triste verdad: el extremado cariño de que te han rodeado desde la cuna, te ha viciado el carácter y... quizás también hasta el corazón; mi madre era igualmente buena, tierna, ejemplar; pero yo la amaba y la profesaba tanto respeto como admiración.

—Tú eres hombre, respondió Regina, y los hombres estáis formados para admirar todo lo contrario de lo que admira la mujer.

—No; la verdad es que la felicidad reside en nosotros mismos, y que sólo nosotros la ahuyentamos de nuestro lado ó la fijamos en él; es ley de algunos destinos, y ley muy triste, á la verdad,

la de desear imposibles. Regina, huye de esa funesta ley y no sujetes á ella tu suerte: si tu padre no ha dirigido hasta ahora tu razón por no contrariarte con reflexiones algo severas; si en tu madre la ternura hacia tí ahoga toda previsión, permíteme á mí el que te diga alguna vez la verdad, que te aconseje. ¿Por qué has de ser desgraciada, pudiendo y debiendo ser dichosa?

—Tienes razón, respondió la joven: ¡elementos de dicha debe haber en mi destino, cuando tanta envidia despierto en derredor mío! Y sin embargo, Arturo, yo soy, yo me siento profundamente desgraciada. ¡Algo falta en mi vida que yo ignoro y que no sé dónde se halla, dónde buscarlo, á quién pedirlo! ¡Si me lo dices tú, si tú me ayudas á encontrarlo... bendito seas!

—Sí, yo te ayudaré, pobre Regina, dijo el Coronel, que sentía, al oír á su prima, una especie de espanto que él se esforzaba en tomar por conmiseración; sé paciente, religiosa, fuerte contra tu misma imaginación, y conseguirás la dicha; no ambiciones lo que está lejos de tu mano, lo que no puedes alcanzar, porque estos deseos asesinan y roban al mismo tiempo la savia de la vida y la savia del alma; no hay dicha mayor que la de saber contentarse cada uno con aquello que posee, así en afectos como en todas las demás cosas...

Una sonora carcajada de Regina cortó aquí la palabra al Vizconde, que la miró sorprendido y casi asustado: tan extraña era su risa en aquel

instante. Acababa de verla triste, conmovida y presa de una emoción sincera, y aquella repentina y enojosa hilaridad venía á trastornar todas las ideas de Arturo.

—Primo mío, dijo Regina, no te canses en sermonearme; si te oyese, me harías más débil y más esclava de mis padres de lo que soy, lo que ya ves que sería ganar muy poco en el negocio de mi libertad, que es lo que me preocupa; lejos de procurar humildad á mis aspiraciones, quisiera elevarlas cada vez más; ahora me río también de mí misma recordando que he tenido la extraña debilidad de envidiar á una joven vecina mía, que creo está muy pobre, y cuya madre está tullida; déjame ser fuerte á mi modo, porque lo que deploro es mi debilidad, á la que desearía con todo mi corazón sacudir como á un huésped importuno.

Sobrecogido el Vizeconde, no supo por el pronto qué contestar; el carácter audaz de Regina le espantaba; aquel carácter frío, resuelto, violento, dominante, era profundamente antipático al suyo, fuerte y varonil; al suyo, tan propio para proteger á la debilidad como para resistir á la injusticia y á la violencia, como sucede con todos los caracteres generosos.

Aun permanecía Arturo abismado en su asombro, cuando la voz de su tío vino á distraerle.

—Vamos á almorzar, dijo, y después continuaréis vuestra conversación; yo siento ya apetito, y además tengo que salir.

En tanto que su marido hablaba, la Marquesa miraba atentamente los semblantes de su hija y del Coronel; pero Gabriela era más inocente que perspicaz, y no distinguió el hastío amargo que pintaban las facciones de Arturo, y la expresión triunfante que se advertía en las de su hija, tan impasibles de ordinario y vestidas de tan orgullosa frialdad.

El Vizconde presentó el brazo á la Marquesa; Regina se apoyó en el de su padre, y todos juntos pasaron al comedor, dispuesto ya para el desayuno.

VIII

PROYECTOS DE MATRIMONIO

A la mañana siguiente, y cuando apenas hacía una hora que Regina se había levantado, su madre, que un momento antes había salido de su cuarto, entró de nuevo en él con un aire tan preocupado y solemne, que no pudo menos de llamar la atención de su hija.

—Vengo, Regina mía, dijo la Marquesa, á llevarte al cuarto de tu padre, que tiene que hablar contigo.

La joven, asombrada por las palabras de su madre y por el modo con que habían sido pronunciadas, echóse sobre su bata de mañana un pañolón de granadina, y después de haber arreglado los encajes de su gorro, salió de su habitación, seguida de la Marquesa, con la cual pasó al cuarto de su padre.

Estaba éste sentado junto á un balcón entreabierto, y su semblante demostraba una rara mez-